

Las niñas salvajes

MAY R.
AYAMONTE
Las niñas salvajes

Diseño de colección: Estudio Sandra Dios

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© May R. Ayamonte, 2022

Autora representada por la Agencia Literaria Editabundo, S.L.

© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.)

Madrid, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.contraluzeditorial.es

ISBN: 978-84-18945-24-3

Depósito legal: M. 3.153-2022

*A mis padres y mi hermana.
Especialmente a mi padre,
Florencio Ramírez,
por haber creído en esta historia como nadie
y volcarse en ella en cuerpo y alma.*

1975

El despertador sonaba con fuerza, abarcando la inmensa habitación en la que descansaban. A pesar de desear quedarse en la cama, sacó primero las piernas de debajo de las mantas y después el resto del cuerpo. Las zapatillas de felpa gris asomaban en el suelo; se hizo con ellas y después con la bata que tenía sobre su mesita de noche. Tuvo que zarandear a Marta, que dormía plácidamente en la litera de arriba. Su compañera respondió con un gruñido, que rápidamente silenció la educadora de ocio que descansaba junto a la puerta a la espera de que las niñas salieran. Marta tardó en bajar de la cama, justo cuando ella ya se encontraba en la puerta preparada para ir al aseo diario.

El agua de la ducha la acogió con calidez y se preguntó cómo sería ducharse sin estar rodeada de otras niñas que hacían lo mismo. Quería poder cantar bajo el agua las canciones de Los Aristogatos, pero el baño no era más que una rutina que debía cumplir. Cuando salió se puso la ropa que debía llevar cada día: una falda larga plisada de cuadros verdes y azules, sobre unos leotardos oscuros, y un jersey negro. Se miró en el espejo e intentó contener la maraña desenfadada que coronaba su cabeza. Después se hizo la coleta que era habitual en ella y se lavó los dientes.

De camino a la capilla se cruzó con la maestra Robles, con quien tendría clases en una hora. No era una mujer muy agradable, así que le giró la cara a sus alumnas, que nunca terminaban de entender de dónde provenía su rabia. Sentada bajo aquel techo repleto de pinturas, se acordaba de las historias que Marta y ella a menudo relataban para llenar el tiempo que les quedaba libre. La Virgen María se había perdido y por eso deambulaba por el cielo en busca del niño Jesús. A menudo, soñaba con poder volar y encontrar a aquellos que la habían abandonado a su suerte en aquel lugar. Tampoco se vivía tan mal, pero ¿cómo era la vida de una niña de su edad fuera de esos muros?

El desayuno no era gran cosa y tampoco tenía mucho tiempo para deleitarse con él. Marta se sentó frente a ella y comenzó a jugar con la comida. Para cuando le llamaron la atención, ella ya había terminado de comer. Marta, que se escondía bajo un flequillo recto y tenía el pelo oscuro y rizado, engulló la tostada con aceite y azúcar y dejó el vaso de leche. Juntas y de la mano, como era habitual entre ellas, se dirigieron hacia la clase como cada mañana. Solo tendrían que sobrevivir unas cuantas horas antes de la comida.

—«Las muñecas de Famosa se dirigen al portal...» —comenzó a canturrear Marta conforme andaban por el pasillo.

*—«Para hacer llegar al Niño su cariño y su amistad...»
—No pudo evitar seguir cantando la niña con una sonrisa.*

Antes de poder terminar la canción que tanto las había marcado, se adentraron en el aula y ocuparon su lugar en silencio. Esperaron de pie a la maestra, a la que todas las niñas dieron los buenos días al unísono, y se sentaron a esperar la oración de la mañana. Cristina leyó en alto el fragmento del Evangelio y después comenzaron con Matemáticas, la asignatura que más le

apasionaba de todas. Enfrascada entre libros, acabó sobreviviendo a las clases y después se dirigió al comedor con ansias de saber qué manjar le esperaba ese día. En realidad, Marta y ella siempre se reían de la comida de la escuela; nunca estaba buena. Marta sí que salía los fines de semana a su casa, así que le relataba los platos exquisitos que preparaba su madre cuando llegaba. Cada domingo, al llegar a la escuela, la invitaba a pasar con su familia algún fin de semana; pero ella sabía que no era posible y que no podría salir de aquel lugar hasta que tuviera la edad permitida.

Por suerte, después de la comida, podían salir al patio. Bajo el sol de aquella mañana de primavera, alcanzó una de las cuerdas que reposaban sobre la mesa de juegos y saltó durante un rato.

Otras se unieron a ella y decidieron saltar por turnos conforme cantaban:

—«Don Melitón tenía tres gatos y los hacía bailar en un plato. Y por las noches les daba turrón, ¡qué vivan los gatos de don Melitón!»

La niña reía mientras disfrutaba de los mejores momentos del día. Algunas habían sacado la nueva Nancy al patio. No tenían demasiados objetos personales, pero, por suerte, les permitían compartir muñecas y cada vez que alguna recibía una nueva como regalo, la colocaba en la caja donde descasaban todas las demás. A ella no le fascinaba precisamente la Nancy rubia; esos ojos la perseguían por las noches en sus pesadillas.

Pronto, Marta y Cristina habían dibujado una rayuela en el suelo, así que abandonó la comba y corrió a jugar con las compañeras curiosas que se acercaban. El tiempo de juego duraba demasiado poco y podían ver, al otro lado de la valla, a los niños

jugando a las canicas. Ella siempre había querido probar ese juego, pero entre los materiales de la zona femenina no había canicas. Marta jugaba con su hermano los fines de semana y había intentado meter en el colegio unas canicas que él había escondido en su mochila. Nunca funcionó, las maestras eran hábiles y registraban las mochilas de las niñas que salían en busca de cualquier objeto que estuviera prohibido.

Volver a clase fue un suplicio, aunque nada más terminar era la hora de la merienda e hicieron cola para hacerse con un bocadillo. Ese día tocaba de chorizo. A ella no le gustaba demasiado, aunque muchas niñas enloquecían cuando traían ese relleno. Dentro de la escuela, pues ya era tarde para salir al patio, jugaron al parchís durante un rato hasta que la educadora de ocio les indicó que era la hora de estudiar. Ella miraba los libros sin saber muy bien qué hacer. Tenía deberes de religión, pero le resultaba sumamente soporífera esa asignatura. Así que se dedicó a dibujar en su cuaderno y cada vez que la superiora se acercaba, colocaba encima de la hoja el libro de religión y fingía que estaba enfrascada en la lectura.

Durante la media hora que duraba la cena las niñas guardaban silencio. La directora de la escuela solía pasearse entre las mesas buscando a quien no cumplía las normas. No existía un ambiente de temor, pero sí de respeto. El suficiente como para comer en silencio y llegar a la cama cuanto antes.

Los días pasaban así. Nunca ocurría nada especial y las niñas deseaban que llegara el final de su estancia en aquel lugar.

PARTE I

2017

Capítulo 1

El día en el que Jimena Cruz recibió la llamada de teléfono que cambiaría su vida, estaba en casa de uno de sus amantes y había perdido la esperanza en su carrera periodística. Si bien era conocida por su entorno como un torbellino desastroso, para su trabajo siempre había sido la periodista más meticulosa que existía. A Jimena le gustaba ir al archivo a recrearse entre memorias perdidas, sentarse en la mesa de una cafetería en hora punta a escuchar conversaciones de otros, que la hacían pensar en lo que debía escribir y tomarse su tiempo para terminar un artículo. Quizá era la única faceta de su vida en la que era organizada y cumplía con lo que se esperaba de ella.

Pero la llamada que recibió esa mañana cambiaría su vida para siempre. Todo iba a transformarse: su vida, su futuro, lo que esperaba de sí misma..., incluso su trabajo. Hasta en su entorno laboral era sabido que Jimena estaba frustrada porque pasaba los días escribiendo sobre cultura y la ciudad en sí misma. Jimena era una tigresa hambrienta que deseaba investigar, descubrir lo que nadie conseguía ver y hacerse conocida por su capacidad de

análisis, que tanto la había hecho brillar cuando estudió Periodismo en Sevilla.

Esa mañana en la que recibió aquella llamada, la humedad envolvía la habitación y se quedaba en las prendas de ropa que descansaban en el suelo. Un olor a cal se desprendía desde las paredes, y Hugo había tomado la decisión de cubrir el techo del dormitorio con una tela rojiza para evitar los desprendimientos de aquella arena blanca. A Jimena le agradaba la temperatura que los rodeaba y agradecía que el Sacromonte la dejara sin aliento por viviendas como esa. Las casas cueva necesitaban de unas condiciones específicas para poder ser excavadas y suponían un ahorro de luz por la controlada temperatura interior debido a su propia estructura, que nacía desde la tierra.

Jimena abrió los ojos y palpó a su alrededor en busca del teléfono móvil. ¿Qué hora era? Por la oscuridad en la que se encontraba no lograba descifrar si ya era de día. Giró sobre sí misma y se encontró con la espalda de Hugo. Su piel estaba caliente y por un momento se sonrojó recordando la noche anterior. Seguidamente, se incorporó y buscó a tientas sobre la mesita de noche. La pantalla se iluminó al entrar en contacto con sus dedos, y al quitar el modo avión le llegaron las notificaciones de varias llamadas perdidas.

Con cierta desgana, salió de la cama y, al entrar en contacto con el suelo frío, maldijo entre dientes. Granada era un témpano de hielo en invierno, aunque se sentía afortunada por pasar la noche en una casa cueva. Deslizó los pies por la superficie hasta encontrar sus botas y des-

pués chocó con su ropa, que estaba desperdigada por la habitación.

Hugo profirió una serie de sonidos ininteligibles que Jimena interpretó como una petición para volver a la cama. Ni siquiera contestó, se subió con cierto esfuerzo los pantalones de pana granate y se abrochó los botones de la camisa. En la zona del pecho parecía que iban a explotar. Había subido algo de peso en los últimos meses, pero se negaba a asumirlo y a comprar nuevas prendas que le quedaran menos ajustadas.

Jimena llegó hasta su bolso, que descansaba en una silla de mimbre al lado de la puerta, y bebió agua de una botella que siempre llevaba consigo. A pesar de que la temperatura de la cueva era agradable, a veces se preguntaba qué había llevado a Hugo a comprarla y cómo podía acostumbrarse a la humedad y a tener la garganta seca al despertarse cada mañana. Las casas cueva eran un emblema en la ciudad, pero ella jamás pagaría lo que valían para vivir abrazada por la tierra.

—Jimena..., ¿qué hora es? —balbució Hugo con voz rota.

—La hora de estar despedida si no llamo a mi jefe —contestó poco amigable conforme salía del dormitorio.

El resto de la cueva estaba conectado y la única estancia que tenía puerta era esa habitación. El salón era alargado y las ondulaciones de los muros sobresalían y se comían parte del espacio habitable. A la derecha había otra habitación, esta vez con una entrada en forma de arco y sin ventana, como la de Hugo. Su amigo la utilizaba como despacho y tenía papeles desparramados por

todos lados. El salón mantenía la decoración original: cucharones de cobre y cacerolas de barro. Era como si Hugo nunca hubiera vivido ahí realmente, no existía ni una sola fotografía ni recuerdo que facilitara información sobre él. Estaba claro que la decoración no le interesaba mucho.

La cocina era otra estancia aparte, a la que también se accedía por una entrada de arco nazarí. Jimena prefería no pensar en el baño, al que pasaba solo cuando era imprescindible. No podía erguirse dentro, el techo era demasiado bajo y el hecho de que no tuviera ventilación le daba escalofríos.

Recorrió el salón, que, junto con la cocina, conformaba las zonas exteriores de la casa y por las que entraba mucha luz debido a las amplias ventanas y se sentó en el sofá para acomodarse los botines de piel. Jamás podría vivir en una casa como esa, demasiado lúgubre y silenciosa. A Jimena le gustaba el ruido de los coches, la risa de los transeúntes y el característico olor del centro de la ciudad. No es que la cueva de Hugo estuviera en una zona poco transitada, de hecho, era la primera casa cueva del Sacromonte en la calle principal, por la que siempre pasaban turistas. Alguna mañana que había salido un poco más tarde tenía que pedirle a algunos turistas que se marcharan y no intentaran hacer fotografías cuando ella abría la puerta.

Su teléfono móvil empezó a sonar y descolgó rápidamente a la vez que veía cómo Hugo salía desnudo de la habitación con su teléfono en la mano buscando cobertura. Ese día tenía turno de noche, le extrañó que se le-

vantara tan temprano. Llevaba poco tiempo en esa comisaría y era normal que tuviera menos turnos de día que otros compañeros. Cuando trabajaba de noche, su compañero de aventuras solía pasar más horas de lo normal dormitando. Para Jimena eran la combinación que deseaba, sexo de buena calidad y horarios tan dispares que era impensable crear lazos emocionales. Eran esos amigos que se veían a altas horas de la noche y se olvidaban a la mañana siguiente.

—*¡Jimena Cruz! ¿Se puede saber dónde estás? ¡Son las nueve y media y, hasta donde sé, tu jornada laboral empieza a las nueve en punto!*

—Lo siento, Guillermo. He tenido un contratiempo —dijo como si su jefe no la conociera y fuera a creerlo.

—*Ha ocurrido una emergencia. Tienes que ir a la placeta de San Miguel Bajo ahora mismo. Necesito que cubras los hechos.*

Jimena resopló y dejó caer la cabeza sobre las manos. Guillermo era el jefe del *Granada Actual*, un periódico de poca monta que, aunque fuera de los más conocidos de la ciudad, nunca hablaba de nada que fuera más interesante que las tendencias turísticas de la zona. Solía exagerar las situaciones que creía firmemente que serían grandes titulares que darían la vuelta al mundo y soñaba con que su periódico fuera el más importante de la provincia.

A veces, Jimena se preguntaba a sí misma por qué había acabado ahí con las posibilidades que tenía al terminar la carrera. No le gustaba admitirlo, pero sus padres tenían buenas conexiones en la ciudad y le habían garantizado varios trabajos en los periódicos más leídos. Jimena, para no variar, había nadado a contracorriente y había

decidido que tenía que labrarse su propio camino. Así que desde Sevilla consiguió unas prácticas que ni siquiera estaban remuneradas, a diferencia de otras, y se mudó a Granada el último semestre para dar todo de sí misma y no ver ni un céntimo por su trabajo. Consiguió escribir un artículo sobre los verdaderos motivos que llevó al Café Suizo a cerrar en el 87 que emocionó a los granadinos y le regaló un contrato indefinido en el periódico. Sin embargo, su capacidad de análisis y su pasión por el periodismo de investigación no volvieron a ser requeridos por su jefe y pronto tuvo que escribir artículos aburridos y repetitivos que no la llenaban y le generaban una frustración por su trabajo.

—Dime que no ha sido otra nueva propuesta del patronato de la Alhambra —se burló Jimena.

—*Jimena, ha habido un asesinato. Vete para allá ahora mismo.*

—¿Cómo? —No fue capaz de decir nada más.

Pero Guillermo ya había colgado el teléfono y Jimena sintió cómo su pulso se aceleraba. ¡Un asesinato! ¡En Granada!

Estaba acostumbrada a cubrir ajustes de cuentas cuando su jefe no se los asignaba a su compañera de mesa, Amanda. Pero jamás habría pensado que le daría a ella la noticia de un verdadero asesinato en la ciudad. Aunque, si lo pensaba bien, seguro que había llamado a Amanda y al resto de la plantilla antes que a ella.

Sintió una adrenalina por las venas tan intensa que, por un momento, se olvidó de dónde estaba y qué ocurría. Era lo que siempre había deseado, dejar de escribir

sobre la Alhambra e investigar un hecho importante en la ciudad. Aun así, no era agradable. Había ocurrido un asesinato, en Granada. Por el tono de Guillermo, parecía serio y justo aquello que Jimena siempre había deseado cubrir, un hecho que requiriese investigar.

Entonces recordó que estaba en casa de Hugo y corrió hacia la cocina. Él estaba en la ducha enjabonándose. Su pelo oscuro estaba cubierto por el champú anticacas que a Jimena le había sorprendido encontrar en aquel minúsculo baño. Hugo no daba mucho de sí mismo a los demás, pero Jimena iba descubriendo pequeñas cosas sobre él, como que a sus treinta y dos años le preocupaba envejecer demasiado rápido. Antes de que la periodista pudiera pronunciar palabra, él clavó sus ojos verdes en ella y dijo:

—Lo sé. Acaban de llamarme. Están saturados así que me cambian de turno. Parece gore.

—¿Cómo que gore? —inquirió ella.

—Jimena, el cuerpo está en la vía pública y, según me han adelantado..., no en muy buenas condiciones.

Jimena se mordió el labio inferior, nerviosa. Sentía la adrenalina correr por sus venas, pero la descripción de Hugo le había caído encima como un jarro de agua fría. Se trataba de un asesinato. Por un segundo se había montado la película de que se acercaba a la cumbre de su carrera y, en realidad, tenía que afrontar el asesinato de una persona. Seguramente una persona inocente, cuya vida nadie esperaría que acabase de una manera tan desagradable. Aun así, no dejaba de ser lo que siempre había deseado para su carrera.

—¿Quién es?

—No me han dicho..., una mujer mayor. Tengo que ir tirando hostias para allá —concluyó saliendo del baño en toalla.

Jimena vio cómo volvía al dormitorio y tras echar una última mirada a su cuerpo musculoso, decidió que era el momento de marcharse y descubrir qué estaba ocurriendo. A pesar de que Hugo y ella saldrían en la misma dirección, prefería ni siquiera plantear salir juntos para evitar que hablaran de ellos. Alcanzó su bolso del sofá y salió de la cueva sin despedirse. Estaba a punto de toparse con un misterio que pondría su vida patas arriba y, aunque todavía no lo sabía, no estaba preparada para la verdad que la esperaba.